

LA NAVARRA DEL SIGLO XX: ENSAYO DE BIBLIOGRAFÍA

por

JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO
Instituto de Historia. CSIC

LA HISTORIOGRAFÍA ANTERIOR A 1982

En 1982, hace veinte años, con sólo días de separación, se publicaron sendos libros con el mismo título: *Historia contemporánea de Navarra*. Uno lo firmaban Vicente Huici Urmeneta, Mikel Sorrauren y José María Jimeno Jurío (San Sebastián, Txertoa, 1982, 282 págs.) y el otro yo mismo (Pamplona, Ediciones y Libros, 1982, 214 págs.). Los dos libros tenían tres características principales, una de las cuales los unía y las otras dos los diferenciaban. La característica común a ambos es que constituían el primer intento de abordar lo que declaraban en el título. Por aquellas calendas, la historia contemporánea de las diversas regiones de España no sólo se había desarrollado mucho, sino que estaba en plena eclosión; se multiplicaban los libros que trataban de tal o cual aspecto de la vida regional o local y proliferaban las síntesis que, como las nuestras, intentaban pergeñar visiones generales del pasado de esas regiones. Era también la época de las grandes enciclopedias regionales.

Sería demasiado fácil decir que esto obedecía a las razones políticas que se seguían de la introducción de la autonomía en la vida política española con la constitución de 1978. Más bien hay que afirmar que lo uno y lo otro —la eclosión de la historiografía regional y la creación de Comunidades Autónomas— eran facetas, ciertamente heterogéneas, de una nueva sensibilidad, que había ganado la sociedad española en los días de Franco, sobre todo desde los años sesenta. Y esto había sucedido, en parte, como contagio de una corriente general de Occidente, que marchaba en ese sentido, y, en parte, por la coyuntura política española. La desatentada política del Régimen en materia de autonomía y de nacionalismo había conseguido contribuir al desarrollo y crecimiento de la oposición precisamente en esos ámbitos y a convertir el catalanismo y el nacionalismo vasco en pilares de la lucha política (y, en el caso del vasco, lucha también cuasimilitar, por medio de ETA). Rehacer la historia, y sobre todo la historia regional del siglo XX, se contemplaba con frecuencia como contribución a esa lucha contra la dictadura o, al menos, como un aspecto decisivo del conocimiento de la oposición al Régimen.

Pues bien, en este panorama, sólo había una región española donde no se había dado el desenvolvimiento de la historiografía local sobre el siglo XX. Y hete aquí que esa región era Navarra. En 1982, apenas se podían mencionar obras que se refirieran a esta tierra en ese periodo. Claro que, como vamos a ver, a la hora de enumerar lo que había, resulta que no faltaban cosas. Pero no tenía nada que ver con lo que se había publicado en otras regiones, ni tampoco con lo que había sobre la historia de Navarra hasta 1512 (porque tampoco los siglos XVI-XIX salían bien parados en la comparación). En el fondo, era una forma de regionalismo, precisamente, si no de nacionalismo navarro. El hecho de contar con un maestro, en el sentido estricto de la palabra, José María Lacarra, y, sobre todo, la importancia tácita que se daba al hecho de tener una historia propia como unidad política independiente habían contribuido de forma decisiva a que los historiadores navarros se volcaran literalmente en el estudio de lo anterior a 1512; esto es: en la época en Navarra era Reino independiente del resto de España.

Desde 1512, se daba por supuesto —con evidente error— que la incorporación a la Corona de Castilla había anulado la singularidad de la historia de la región y no valía la pena ahondar en ella. Mucho menos desde 1841, cuando el Reino se convirtió en Provincia. El siglo XX, en fin, no merecía ni siquiera mención. Sólo el carlismo constituía una excepción.

Había, sí, estudios jurídicos sobre el régimen administrativo navarro que seguía en vigor desde 1841; estudios en los cuales se hacían acotaciones de carácter histórico, por ejemplo las que concernían a los diversos convenios fiscales firmados con los representantes del Estado durante el siglo XX, sobre lo que trató Jaime Ignacio del Burgo en *Ciento veinticinco años de vigencia del pacto-ley de 16 de agosto de 1841*, Pamplona, Editorial Gómez, 1966, 109 págs. Pero se trataba de estudios jurídicos; eran excepcionales los que contenían un componente histórico fuerte, en sentido estricto. Y lo mismo se podía decir de las páginas de Francisco Gómez Antón sobre *El Consejo foral administrativo de Navarra*, Madrid, Editorial Rialp, 1962, 60 págs., donde se hacía la historia de ese organismo durante todo el siglo XX. La principal salvedad —en este ámbito de los estudios administrativos con componente histórico— fue el acopio documental de Florencio Idoate acerca de *La Comunidad del Valle de Roncal*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977, 459 págs., que sí constituía propiamente una obra historiográfica.

Por otra parte hay que advertir que, como es bien sabido, foral era y es también el derecho civil, sobre el que empezaba a editarse una buena literatura jurídica, a veces con ribetes históricos; lo principal, a mi entender (hasta 1982), la obra de Francisco Salinas Quijada: *Estudios de historia del derecho foral de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral, 1978, 585 págs.

Había asimismo algunas aportaciones costumbristas, incluso más historiográficas que literarias, como las primeras que publicó José Joaquín Arazuri: *Pamplona antaño: curiosidades e historia de la ciudad*, Pamplona, Editorial Gómez, 1966, 164 págs.; *Pamplona estrena siglo*, Pamplona, Diario de Navarra, 1970, 129 págs.; *Pamplona, belle époque*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1974, 136 págs.; *Pamplona: Calles y barrios*, 2ª ed., Pamplona, Castuera, 1981, 3 volúmenes.

Se publicaba, además, la colección de *Temas de cultura popular*, no pocos de cuyos fascículos, aunque tuvieran una finalidad divulgativa, también contenían interesantes aspectos históricos.

Pero, de historiografía propiamente dicha, prácticamente nada: apenas algunos opúsculos con los que Víctor Manuel Arbeloa empezaba su propia singladura historiográfica: «El socialismo en Navarra (1871-1903) (Notas para su historia)»: *Letras de Deusto*, V, núm. 10 (1975), 191-207; *La masonería en Navarra (1870-1945)*, Pamplona, Editorial Aranzadi, 1978, 209 págs., y, sobre todo, *Navarra ante los Estatutos: Introducción documental (1916-1932)*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1978, 329 págs., en cierto modo réplica al avance que había hecho José María Jimeno Jurío: *Navarra jamás dijo no al Estatuto Vasco*, Pamplona, Punto y Hora, 1977, 151 págs. El propio Jimeno Jurío había escrito la *Historia de Pamplona, síntesis de una evolución*, 2ª ed., Pamplona, Editorial Aranzadi, 1975, 360 págs., y yo mismo había dado los primeros pasos en la disciplina de que hablo al escribir «Sobre el inicio de la política obrera contemporánea en Navarra, 1855-1916»: *Príncipe de Viana*, núm. 150 (1978), 335-375.

Pero ya se ve que era poco

Entre las obras literarias que se asomaban a lo costumbrista, habría que citar, es cierto, lo mucho que había escrito José María Iribarren y algo de lo que redactó Ángel María Pascual. Pero se trataba ante todo de literatura, por más que, de otro Iribarren, Manuel resultara particularmente notable —a los efectos de lo que examinamos aquí— *Navarra: Ensayo de biografía*, Madrid, Editora Nacional, 1956, 410 págs., donde podía encontrarse uno de los primeros intentos de dibujar la idiosincrasia colectiva de este antiguo Reino, con acotaciones psicologistas que daban al libro una notable actualidad incluso de enfoque y de método.

En este punto, fue pionero el libro de Miguel Olza Zubiri: *Psicología del habitante de la Ribera tudelana de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral, 1974, 138 págs. En lo literario, no fue ya pionero sino capital la recopilación de Ignacio Elizalde: *Navarra en las literaturas románicas (española, italiana, y portuguesa)*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1977, 3 volúmenes.

Pero no había siquiera una primera elaboración de la historia de la movilización navarra en la guerra de 1936, pese a su notable importancia. En este punto, sólo se podía acudir a libros de memorias y unas pocas ediciones de fuentes, generalmente de tipo apologético aunque no exentas de valor: así, el libro de Policarpo Cía Navascués, *Memorias del tercio de Montejurra por su capellán*, Pamplona, Imprenta de La Acción Social, 1941, 376 págs., y el de Javier Nagore Yáñez: *En la primera de Navarra (1936-1939). Memorias de un voluntario navarro en Radio Requeté de Campaña*, Madrid, Industrias Gráficas España, 1982, 167 págs. Era una excepción —pequeña pero nítida— el estudio del coronel Salas Larrazábal: *Cómo ganó Navarra la cruz laureada de San Fernando*, Madrid, s.i., 1980, 46 págs., que sí constituía una investigación propiamente dicha.

Tampoco dejaba de llamar también la atención el silencio sobre una realidad tan pujante en la Navarra del siglo XX como la Iglesia y el clero, en relación con la cual apenas se podía remitir a otra cosa que al estudio de José Goñi Gaztambide, «Mariano Arigita, mis memorias»: *Hispania Sacra*, XX, núm. 39 (1967), 183-238; verdadera excepción en un océano —no muy vasto— de literatura apologética (aunque no inútil historiográficamente) como el folleto *La Diócesis de Pamplona por las misiones, 1884-1952*:

Historia, números, anecdotario, Pamplona, Secretario diocesano de Misiones, 1953, 94 págs., que es una historia puntual de la organización misional navarra. En el mismo género se incluían las obras de carácter hagiográfico, algunas de las cuales hablaban de personas fallecidas en el siglo XX; así, Valeriano Ordóñez: *Con ella entraba Dios: Sor María Catalina Irigoyen Echegaray, dirigente de juventudes y enfermera ideal*, Madrid, Ediciones Studium, 1977, 333 págs., o Laureano Tovar González: *Ensayo biográfico del Emmo. Sr. Cardenal Ilundáin y Esteban*, Pamplona, Aramburu, 1942, 699 págs.

Otro era ciertamente el tono del estudio del anticlericalismo con que había empezado el siglo que publicó Juan María Lecea Yábar: «*La vieja Navarra*» y «*La nueva Navarra*», Pamplona, Diario de Navarra, 1973, 200 págs. Pero era, nuevamente, una excepción.

Y otra más, lo que había empezado a decir la sociología, así en la obra de Alfredo Vázquez Rabanal, José María Díaz Mozaz y Francisco Azcona San Martín: *La vida cristiana ante el desafío de los tiempos nuevos: Estudio socio-religioso de Navarra*, Pamplona, Gráficas Iruña, 1973, 595 págs.

Cierto que aparte estaban las contribuciones etnográficas, que habían recibido un impulso importante con la creación de los *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra* y de la revista *Fontes linguae vasconum*, nacidos ambos en 1969, con el patrocinio de la Diputación Foral a través de la Institución Príncipe de Viana. Pero tenían las carencias que suele presentar, para el historiador, la mayoría de los estudios de antropología cultural (empleo aquí indistintamente, consciente del problema conceptual que hay en ello, las expresiones etnología, etnografía y antropología cultural o social): por una parte, les faltaba sentido precisamente histórico y, en consecuencia, se conformaban con presentar como «tradicional» —concepto cronológicamente inútil— lo que, históricamente, hubo de tener una fecha; por otro lado, se ceñían precisamente a eso, a lo tradicional y a lo singular, y, de ese modo, no contribuían como podrían haberlo hecho al conocimiento de las maneras de vivir en su totalidad, fueran o no tradicionales o singulares. También aquí existía una excepción —muy importante por cierto— en la obra de Julio Caro Baroja: sobre todo, *Etnografía histórica de Navarra*, Pamplona, Editorial Aranzadi, 1971, 3 volúmenes, y *La casa en Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1982, 4 volúmenes. Caro, en el fondo, era a la vez etnógrafo e historiador, y eso se percibía claramente.

No había más

Porque no se consideraba historiografía —no lo era en puridad— la obra de algunos geógrafos que habían sabido dar a sus estudios un fondo histórico notablemente innovador; habían dado con ello, a su visión geográfica, una profundidad inusual. Sobresalía en esto la tesis doctoral de Vicente Bielza de Ory, un estudio de geografía humana con notorio calado histórico sin embargo: *Tierra Estella: Estudio geográfico*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1972, 358 págs. Su propio maestro —Alfredo Floristán Samanes— había dado prueba de lo mismo en su tesis doctoral (*La Ribera tudelana de Navarra*, Pamplona y Zaragoza, Institución Príncipe de Viana y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952, xii + 316 págs.) y acaba de reforzarlo en *Urbasa y Andía, solar de los navarros*, Pamplona, Ediciones y Libros, 1978, 225 págs. Y no falta-

ban apuntes históricos de gran interés en la obra de otro geógrafo de la misma escuela: Salvador Mensua Fernández, *La Navarra media oriental: Estudio geográfico*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1960, 186 págs.

EL CAMBIO DE SIGNO DE 1982-1985: LA GESTACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA NAVARRA CONTEMPORÁNEA

He advertido al principio que aquellas dos *Historia contemporánea de Navarra* que aparecieron en 1982 se diferenciaban en dos cosas. La primera y más importante era el método. La *Historia contemporánea* de Huici Urmeneta, Sorauren y Jimeno Jurío era principalmente una historia política con acotaciones sociales y económicas, en tanto que la mía era una historia social con acotaciones políticas. Francotirador como fui, me había formado como historiador en la literatura historiográfica anglosajona y francesa y eso me había introducido de hoz y cozo en la concepción de la historia como *ciencia social* y en lo que entonces se llamaba la *nouvelle histoire*, representada sobre todo por la escuela de *Annales*, revista cuyos únicos suscriptores en Navarra, en aquellos momentos, debíamos ser la Universidad de Navarra y yo mismo, entonces catedrático de Instituto. Movido por una preocupación metodológica que después detallé en *Recreación del humanismo, desde la historia* (Madrid, Editorial Actas, 1994, 189 págs.), pensé que la propia carencia de obras sobre la historia contemporánea de Navarra brindaba la posibilidad de orientar por esos rumbos todo lo que en adelante se hiciera, y me empeñé, por tanto, en hallar, entre los sociólogos estrictamente tales —no entre los historiadores de la sociedad—, un método de estudio que me pudiera servir para plantear novedosamente la historia de Navarra, como realidad social antes que como entidad política. Y di, de esa manera, con *La sociedad global* de Enrique Martín López (de la que hay 2ª ed., Madrid, Fundación para la Formación de Altos Profesionales, 1997, 224 págs.), que me sirvió de patrón para ordenar los datos de suerte que la Navarra de 1800-1982 se presentara justamente como una sociedad «global» (con las limitaciones que esto podía conllevar y que reconocí en aquella *Recreación del humanismo* que he citado hace poco).

El lector podrá preguntarse por qué no busqué en la propia historia social española la opción metodológica que pretendía aplicar, y a eso responderé que es que la entera historia social de la España contemporánea estaba desorientada: se había metido en la trampa que, en punto a método, suponía la historia del movimiento obrero. Se consideraba, en efecto, que la historia «social» contemporánea era la historia de ese movimiento, sin parar mientes en que, en rigor, la historia del movimiento obrero era, metodológicamente, pura historia política. Podía ser progresista por el tema y por el enfoque, pero no lo era por el método. Ni siquiera se estudiaba la historia de las condiciones laborales, ni la de la cultura proletaria, ni la de las condiciones de vida de los trabajadores: acción sindical y política era lo único que se consideraba, en aquella España, historia social. En puridad, no había más excepción que la tesis de Fernanda Romeu Alfaro, que se publicó tardíamente, en 1970 (*Las clases trabajadoras en España (1890-1930)*, Madrid, Taurus, 1970, 221 págs.), pero que sirvió ya a Vicéns Vives para redactar en los años cincuenta su pionera visión de la verdadera historia social de España. De lo demás, sólo la tesis doctoral de Ignacio Olábarri Gortázar, *Relaciones*

laborales en Vizcaya (1890-1936), Durango, Leopoldo Zugaza editor, 1978, 532 págs., acababa de romper el molde clásico de la historia del movimiento obrero, para, aun ciñéndose al sindicalismo, acabar con el uso de considerar los sindicatos como meros agentes políticos que había que estudiar, por tanto, con las técnicas y los métodos de la historia política.

La *Historia contemporánea de Navarra* de Huici Urmeneta, Sorauren y Jimeno no entraba en estas lides metodológicas porque la preocupación de sus autores fue la de relatar cómo se había supeditado la Navarra del siglo XIX y del XX a los intereses de clase —los de la burguesía— y, con ello, se había apartado de la senda del nacionalismo vasco. Y, para sostener esta tesis, no había mejor método que ése precisamente, el de la historia política clásica.

Pero eso implicaba una segunda diferencia entre los dos libros: el hecho de que el mío intentara reconstruir la sociedad en su totalidad, desde la familia o el tren hasta el regadío, no significa que rehuyese la política y, al llegar a este punto, no pude evitar el famoso tema de la naturaleza de la ley *paccionada* (me refiero a la ley de 1841 en virtud de la cual se gestó un nuevo orden administrativo para Navarra, una vez abolidos los fueros). ¿Cuál era la verdadera naturaleza del régimen foral de Navarra surgido de esa ley? ¿Era fruto de un pacto con el Estado, como defendían foralistas y fueristas navarros? Para responderme a mí mismo, leí todo lo que estuvo a mi alcance (lo principal, el libro de Rodrigo Rodríguez Garraza, *Navarra, de Reino a Provincia (1828-1841)*, Pamplona, Eunsa, 1968, 516 págs., y el de Jaime Ignacio del Burgo, *Origen y fundamento del régimen foral de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral, 1968, 550 págs., a los que se sumó por aquellos días el de María del Carmen Mina Apat, *Fueros y revolución liberal de Navarra*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, 240 págs.) y llegué a concluir que, entre 1839-1841, los gobernantes liberales de Madrid y Pamplona realmente pactaron, sólo que, jurídicamente, lo hicieron mal. (No lo podían hacer bien. Tal era la originalidad de lo que intentaron llevar a cabo —un cercenamiento de los poderes del Estado, en la Europa de la plenitud del liberalismo y de la afirmación de la plena soberanía estatal y de la unidad constitucional—, que no había fórmula jurídica alguna para llevar a buena semejante jugada.) Por prudencia, me hice eco de la tesis de Jaime Ignacio del Burgo, según la cual podía considerarse un caso de *Vereinbarung*, entendiéndolo por tal la convención por la que «dos o más personas acuerdan sobre algo determinado, pero por consecuencia de este acuerdo no aparece una situación jurídica subjetiva, una relación de deudor y acreedor —como ocurre en los contratos de Derecho privado, e incluso en aquellos convenios internacionales que denominamos ‘tratados-contrato’—, sino una situación objetiva, un *status*». Pero, a decir verdad, me pareció que los negociadores de ambas partes en 1839-1841 no se habían andado por estas ramas, sino se habían limitado a pactar, sin detenerse a considerar la adecuación o inadecuación del instrumento —una de tantas leyes de las Cortes españolas— que creaban con ese fin.

Sin embargo, habían pactado, concluía en el libro. Y esto me opuso frontalmente —sin comérmelas ni bebérmelas, ni quererlo ni preverlo— con la tesis de Huici, Sorauren y Jimeno, según la cual no había habido pacto alguno en 1841, sino pura reducción de Navarra a Provincia y alejamiento consiguiente del común tronco vasco.

La diferencia entre ambas tesis fue importante, no por lo que concernía a nuestros libros —los dos de que hablo—, sino porque deformó decisivamente la orientación

que yo intentaba dar a la investigación histórica en ciernes. Cada uno de esos libros fue aceptado por lo que pretendían aportar, ciertamente: el de Huici, Sorauren y Jimeno sirvió de punto de partida para aquellos en quienes predominaba el designio político *abertzale*, en tanto que el mío atrajo a quienes buscaban una orientación metodológica nueva. Pero la verdad es que se trataba de una disyuntiva «asimétrica»: era posible ser *abertzale* y metodológicamente avanzado, del mismo modo que cabía ser «pactista» y preferir un método de historia política clásica. Pero la primera de estas dos posibilidades apenas se dio. La segunda, sí.

Esto último —que los jóvenes historiadores que llamo «pactistas» optasen por un método clásico— ocurrió, en buena medida, porque se orientó de este modo la investigación que empezó a efectuarse en la Universidad de Navarra. En esos mismos años, en efecto, se dio un relevo decisivo en su Sección de Historia. Hasta entonces, la investigación sobre historia contemporánea se había ceñido al Seminario de Historia Moderna, donde Federico Suárez Verdeguer había conseguido formar una de las pocas «escuelas» propiamente dichas con que contaba la historiografía española. Pero se dedicaba únicamente al estudio de la historia política del reinado de Fernando VII. Quizás ni una sola de las tesis doctorales que se leyeron en Pamplona hasta 1982 (y más) trató de historia contemporánea de Navarra. Sólo cabe citar la memoria de licenciatura de María Puy Velasco: *El Alzamiento en Navarra en 1936* (1965). En los años ochenta, sin embargo, el relevo generacional y administrativo al que me refiero llevó a aquella universidad a Ignacio Olábarri y, con él, las cosas cambiaron.

En un primer momento, Olábarri se orientó hacia el estudio de la historia vascongada, por mor de sus propios orígenes; pero la realidad se impuso y comenzó a dirigir un rosario de investigaciones puntuales propiamente navarras que, por fortuna, continúa desgranándose. Me atrevería a señalar la tesis de licenciatura de Ana Serrano sobre *Las elecciones constituyentes de 1931 en Navarra* (1985) como el primer fruto del nuevo magisterio de que hablo; aunque hubiera algún precedente como la de Antonio Salvador Ruiz: *Inicios del movimiento cooperativo agrario en Navarra: Atanasio Mutuberria, fundador de la primera caja rural navarra* (1981).

Luego, la presencia de historiadores navarros en otras latitudes —Madrid, Barcelona, Bilbao principalmente— y la creación de la Universidad Pública de Navarra hicieron todavía más rica y varia la producción historiográfica sobre el siglo XX.

Además, paralelamente, se multiplicaron las posibilidades editoriales. Hasta 1982, lo poco que iba apareciendo se cobijaba casi siempre en la Institución Príncipe de Viana y, en general, en la Diputación, si bien hay que evocar el esfuerzo editorial que se hizo desde el *Diario de Navarra*, sobre todo bajo la rúbrica Ediciones y Libros, y desde la Caja de Ahorros de Navarra, y las aportaciones de Eunsa, la editorial de la Universidad de Navarra. Desde 1982, sin embargo, el recién creado Gobierno Foral se convirtió en verdadero motor publicístico: no sólo la Institución Príncipe de Viana —que también ganó fuerza—, sino la mayoría de los Departamentos en que se había articulado la Administración regional generaron su respectiva producción, frecuentemente historiográfica. Pero es que, además, a la continuada contribución de la Caja de Ahorros de Navarra —en libros vistosos pero no exentos de interés historiográfico— y de Eunsa —que continuó sirviendo de cauce a una parte de las investigaciones de profesores y doctorandos, cada vez más abundantes—, se sumaron el Servicio de Publica-

ciones de la UPN y alguna editorial que sirvió de hecho como un recurso más de la investigación académica —así Ediciones Eunate—, por una parte, y, por otra, varias editoriales comerciales, en general teñidas de tendencias políticas concretas pero no por eso menos fecundas (Pamiela en Pamplona, Altaffaylla en Tafalla, Txertoa en San Sebastián...), cada cual en su línea.

En cuanto a los historiadores, la disyuntiva de que he hablado —la provocada en 1982 por nuestras dos *Historia contemporánea de Navarra*— se había hecho, mientras tanto, institucional. En 1984, propuse —puede ser que entre otros, sin yo saberlo— que organizáramos un primer gran congreso de historia de Navarra al que concurriríamos todos en amigable compañía. Pero —aquellos, justamente, a quienes se lo sugerí— prefirieron crear por su cuenta el Instituto de Historia Gerónimo de Uztáriz y convocar su propio congreso sobre los siglos XVIII-XX. Las razones fueron ideológicas. Así que Víctor Manuel Arbeloa replicó proponiéndome que hiciéramos pública la idea de constituir una Sociedad de Estudios Históricos de Navarra sin barrera ideológica alguna y celebrar aquel I Congreso General de que yo les había hablado y, de esta forma, nació el segundo grupo.

A la hora de la verdad, las dos asociaciones fueron y son ideológicamente plurales. Desde el primer momento, también en la Gerónimo de Uztáriz estuvieron presentes historiadores de muy diversa orientación.

LA HISTORIA CULTURAL

Desde el punto de vista de los resultados, todo esto dio lugar a una riqueza muy notable en muy pocos años; riqueza cuyo único «pero» es que, en la práctica, y con todo lo dicho, la historiografía navarra tendió precisamente a «homologarse» con la de otras regiones y, en consecuencia, lo político volvió por sus fueros y acabó por imponerse como tema de estudio. Ciertamente, el siglo XX ha sido tan político, que era difícil evitarlo; amén de que toda la historiografía sobre la España del siglo XX ha seguido ese rumbo.

Lo que acabo de decir es más llamativo si se tiene en cuenta que el principal especialista de historia contemporánea con que cuenta Navarra —que es a mi juicio Ignacio Olábarri— no sólo se ha preocupado de problemas metodológicos, sino que, entre ellos, ha prestado la máxima atención a lo cultural, más que a lo político. En efecto, tras la primera etapa marcada temáticamente por su tesis doctoral, que ya he mencionado (*Relaciones laborales en Vizcaya*), su investigación personal fue centrándose en el método histórico y, en concreto, en lo cultural. A la primera etapa —orientada geográficamente hacia Vizcaya e institucionalmente hacia las relaciones laborales— pertenece su «Estado actual de la historiografía vizcaína»: *Revista internacional de los estudios vascos*, núm. 32 (1987), 479-501, y, sobre todo, *¿Lucha de clases o conflicto de intereses? Ensayos de historia de las relaciones laborales*, Pamplona, Eunsa, 1991, 267 págs., donde acabó de proponer el abandono de la historia del movimiento obrero para sustituirla por una historia más completa, que comprendiera toda forma de relación entre capital y trabajo.

Desde 1988, no obstante, Navarra está presente en su investigación: primero con las «Notas sobre la implantación, la estructura organizativa y el ideario de los partidos del turno en Navarra, 1901-1923», en *Primer Congreso general de historia de Navarra*, t.

V, *Príncipe de Viana*, xlix, anejo 10 (1988), 317-329, y los «Documentos sobre la preparación de las elecciones por los partidos de turno en Navarra, 1916-1918»: *Boletín de la Academia de la Historia*, clxxxvii, núm. 1 (1990), 99-116, que no son más que un levisimo adelanto de un estudio monumental —incomprensiblemente inédito—, *Contribución al conocimiento de la realidad político-cultural de Navarra, 1890-1936*, historia de partidos y elecciones políticas en su mejor y más ambiciosa versión. Aún seguiría «La controversia en torno a la ley de modificación de fueros ('Ley paccionada') de 16 de agosto de 1841»: *Cuadernos de Sección: Historia y Geografía*, núm. 19 (1992), 33-60.

Desde 1995, no obstante, lo metodológico se le impone como preocupación principal: «'New' New History: A 'longue durée' structure»: *History and theory*, xxxiv, núm. 1 (1995), 1-29, y sobre todo, con Francisco Javier Caspistegui como coeditor, *La «nueva» historia cultural: La influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, 309 págs., que no son sino las ponencias del curso que dirigió, creo que en 1995, sobre ese asunto en El Escorial.

Cierto que, simultáneamente, otros historiadores se esforzaban en aplicar ese enfoque culturalista a la historia política de Navarra y que, por ello, hay que emplazar en esa línea —*grosso modo*, con todas las diferencias que se quiera y que efectivamente ofrecen— las obras de José Manuel Azcona Pastor y Joaquín Gortari Unanua, *Navarra y el nacionalismo vasco: Ensayo histórico-político sobre las señas de identidad originarias del viejo Reino*, Madrid, Biblioteca Nueva y Gobierno de Navarra, 2001, 332 págs., e Iñaki Iriarte López: *Tramas de identidad: Literatura y regionalismo en Navarra (1870-1960)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, 430 págs. En verdad, los dos libros que cito se diferencian, como es lógico, pero tienen algo en común, que es la reconstrucción de lo que, con un galicismo al uso, se ha dado en llamar «el imaginario» navarro. Los dos, en efecto, examinan los orígenes de la idea que los navarros tienen hoy de sí mismos (de sus raíces, de su historia, de sus características y desde luego de su política). En este sentido, constituyen un haz importante de cauces que penetran, a través de los documentos —generalmente literarios— en lo que podría llamarse biografía o, mejor, caracterología colectiva. Puede decirse que, en conjunto, han logrado una indagación convincente de la formación de la idiosincrasia navarra culta. Posteriormente se ha sumado a lo mismo la obra de Ángel García-Sanz Marcotegui, Iñaki Iriarte López y Fernando Mikelarena, *Historia del navarrismo (1841-1936): Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002. En otra dirección, responde al mismo esfuerzo interpretativo, en este caso referido a toda la historia de la región, la obra de María y Román Oyarzun, *Personalidad de Navarra*, Pamplona, Elitis, 1990, 157 págs.

Ciñéndome al siglo XX —que es el que aquí me ocupa—, pueden considerarse afines metodológica y temáticamente algunos libros dedicados a personalidades concretas; el principal, el de José Javier López Antón sobre *Arturo Campión, entre la historia y la cultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 688 págs.; también, *Los folletones en «El Sol» de Félix Urabayen*, recopilados por Miguel Urabayen, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1983, 264 págs. López Antón sitúa en su singladura biográfica y, sobre todo, política —casi tortuosa— a Campión; pero examina especialmente su aportación histográfica al diseño de la identidad de «Nabarra» como cabeza de una soñada Vasconia federal. En el fondo, abunda en lo mismo —con las peculiaridades que da una biografía por completo distinta— el estudio de Silvia Fernández Viguera sobre

«La ideología social y política de Raimundo García 'Garcilaso' (1903-1929)»: *Príncipe de Viana*, xi (1990), 211-261.

Ya se ve que todo esto tiene que ver con la literatura, en sus más diversas maneras; de suerte que, como obra de conjunto, se debe remitir a la *Introducción a la historia literaria de Navarra*, de Fernando González Ollé, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, 208 págs., y, para el siglo XX en concreto, a José Luis Martín Nogales: *Cincuenta años de novela española (1936-1986): Escritores navarros*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, 337 págs.

Como instrumento de trabajo, tampoco debe echarse en saco roto el compendio de Ana Alanza Elío: *Diccionario de pensadores*, t. I: *Pensadores navarros, siglos XII-XX*, Pamplona, Ediciones Eunete, 1996, 406 págs.

Ni el libro de Blanca Urmeneta Purroy: *Navarra ante el vascuence: Actitudes y actuaciones (1876-1919)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 428 págs. En relación con éste hay que poner, además, todos los estudios etnográficos que han ido apareciendo y que tratan aspectos del siglo XX, aunque sea con ese carácter ucrónico, ahistórico, que suele caracterizar ese tipo de trabajos. Ved por ejemplo el libro de Luciano Lapuente Martínez: *Las Améscoas: Estudio histórico-etnográfico*, Pamplona, Junta del Monte de Limitaciones de las Améscoas «Aristubeltza», 1990, 523 págs.

Es inevitable decir que la historia de la prensa periódica, que, siendo afín a lo anterior, lo desborda temáticamente (porque tiene muchas más posibilidades en las formas de aproximarse a ella), no ha tenido buena fortuna, pese a que ha dado lugar a un importante número de tesis. Para empezar, la mayoría de ellas están inéditas. Es la principal excepción el libro de José Javier Sánchez-Aranda; *Los comienzos del 'Diario'*, Pamplona, Diario de Navarra, 1983, 195 págs. Pero es que, además, suelen responder a un patrón excesivamente sencillo: se limitan a decir lo que se dijo en tal periódico sobre tal tema (casi siempre político); no se plantean ninguna de las dos posibilidades más importantes (a mi juicio) en este tipo de investigaciones: una, la de estudiar el impacto real de la prensa en la formación de opinión en todos los ámbitos; la otra, la de emplear el periódico como verdadera ventana a través de la cual puede verse Navarra. Digo «verdadera ventana» porque el principal requisito de una ventana es que realmente deje ver y, para eso, tiene que estar abierta o ha de estar muy limpio el cristal. Lo que digo no es baladí; es una cuestión capital de método.

Y esto que digo vale para todos los medios de comunicación, cuya historia se ha comenzado a desbrozar con obras como las de Carlos Albillo Torres y José Javier Sánchez Aranda, *Historia de la radio en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, 312 págs., y Alberto Cañada Zarranz: *Llegada e implantación del cinematógrafo en Navarra (1896-1939)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 527 págs.

LA PRESENCIA DE LO MENTAL

En el fondo, a lo que me refiero es a la necesidad de enlazar la historia de la cultura con la historia de las mentalidades (a sabiendas de la controversia que ha suscitado este concepto en la última década). Por ese territorio ha caminado Ana Aliende Urtaun: *Elementos fundantes de la identidad colectiva navarra: De la diversidad social a la uni-*

dad política (1841-1936), Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 1999, 144 págs. Y, para nuestros días, Amando e Iñaki de Miguel: *La sociedad navarra: Entre la escisión y la esperanza*, Madrid, Laocoonte editorial, 2002, 222 págs.

Ha intentado penetrar por ese camino, primero a través de cualquier tema que resulte chocante y, últimamente, por medio de la delincuencia —fuente de primer orden para el estudio de las maneras de pensar— Ramón Lapeskera: *Navarra insólita*, Pamplona, Pamiela, 1985, 2 volúmenes; *Caínes navarros: Itinerarios del crimen*, Pamplona, Pamiela, 1993, 327 pág., y *Crímenes en las calles de Pamplona*, Pamplona, Pamiela, 1995, 207 págs. Pero le cuesta conseguirlo. Quizás tampoco lo intenta. Sus libros no son propiamente historiográficos, sino literarios; se trata ante todo de divertimentos por los que desfilan curiosidades de los dos últimos siglos, especialmente de los últimos dos lustros del XIX y los primeros tres del XX. El carácter de divertimento no sería óbice para que, aunque no se lo propusiera, sirviera a los historiadores. Pero, en *Navarra insólita* y en *Caínes navarros*, faltan los requisitos mínimos imprescindibles para que eso suceda: rara vez se indica la fuente y, tal como están escritos los libros, uno no acaba de saber dónde acaban los hechos reales y dónde empieza la imaginación del autor. A este respecto, el mejor —a mi juicio— es *Crímenes en las calles de Pamplona*. Por lo pronto, aquí sí se citan las fuentes y eso obliga al autor a respetar más lo que realmente dicen. De todas formas, equivoca el método en una cuestión crucial, que conocen bien los historiadores de la delincuencia: no se puede estudiar una sociedad a través de sus excepciones —en este caso, los crímenes— so pena de confundir la parte con el todo. Los expedientes criminales son una fuente histórica frecuentemente útil (a veces, espléndida), pero no por la excepción que relatan —el crimen—, sino por los hábitos de comportamiento de que dan fe.

Sirve como corolario, temáticamente, el libro de Fernando Videgáin *La muerte en Navarra a través de los siglos*, Pamplona, el autor, 1992.

Junto a la violencia, el otro ámbito extremo en el que se pone de manifiesto con especial claridad la mentalidad de un grupo humano es el sexo (al que se refieren de hecho no pocos de los delitos que se exponen en los libros de Lapeskera). Pero no cabe, en este punto, citar bibliografía sobre Navarra; si acaso, la derivada de estudios demográficos; así, el libro de Jesús Javier Sánchez Barricarte: *El descenso de la natalidad en Navarra (1786-1991)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 266 págs. Se trata de una investigación extremadamente técnica —como es deseable en trabajos de base—, quizás excesivamente confiada en interpretaciones tópicas a la hora de dar razón de los comportamientos que las cifras permiten detectar. Quiero decir que, cuando se separa de los números —porque es obvio que las cifras no lo dicen todo—, confía demasiado el autor en las explicaciones generales o en las que se han dado sobre otros territorios con comportamientos semejantes. (Por ejemplo, cuando se pregunta sobre las formas de control de la natalidad que se han empleado en Navarra, el autor no se conforma con decir que lo ignora, sino que aduce lo que se ha propuesto en otros trabajos sobre otros territorios, pese a que alguno de los medios de que habla —así el *coitus interruptus*— contrasta demasiado con el papel que él mismo atribuye a la religión como para no verificarlo en las fuentes.). Sánchez Barricarte concluye que la natalidad navarra ha obedecido a una «racionalidad consciente» en los dos siglos estudiados. Esto es: la natalidad no ha sido inconsciente ni siquiera cuando ha sido «natural», sino que ha

constituido una respuesta adecuada a la coyuntura y también a la estructura concreta de cada zona y de cada medio social. Concretamente, las dos grandes inflexiones a la baja que se perciben en el período —la del entorno de 1900 y la del entorno de 1960— tendrían que ver, la primera, con el descenso de la mortalidad infantil, que habría hecho menos necesario tener más hijos, y la segunda, con el desarrollo económico y el encarecimiento de la educación de los vástagos. Pero, como el mismo reconoce tácitamente, esto no basta para explicar que, en 1991, Navarra tuviera uno de los índices de natalidad más bajos del mundo.

El autor ha publicado estudios colaterales como «Cambio en la nupcialidad de los navarros y los vascos»: *Revista internacional de sociología*, núm. 17 (1997), 119-132; «Changes in marriage patterns in the Spanish province of Navarre from the eighteenth to the twentieth century»: *Continuity and change*, xvi, núm. 1 (2001), 71-93. En todas sus páginas se apoya en las tesis e hipótesis propuestas por Fernando Mikelarena Peña: *Demografía y familia en la Navarra tradicional*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, 420 págs.

Ni que decir tiene que todo esto se relaciona con el cambio de función social de la mujer y de la familia, sobre el que debe verse el informe *Situación social de las mujeres en Navarra, 1975-1996: Evolución y tendencias de cambio*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2001, 222 págs., así como el estudio Michel Verdon: «Rethinking complex households: The case of the Western Pyrenean 'Houses'»: *Continuity and change*, xi, núm. 2 (1996), 191-215, que hay que comparar con las conclusiones de Jesús Javier Sánchez Barricarte en «Evolución de los hogares en tres municipios navarros, 1786-1986»: *Príncipe de Viana*, lxi, núm. 221 (2000), 731-750.

Este último asunto, el de las estructuras familiares, cuenta —en su relación con la economía— con el estudio de Pilar Erdozáin Azpilicueta: *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra contemporánea*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, 459 págs. Es un estudio, en realidad, económico y hablaremos de él en su momento.

Sabemos menos sobre la parte más «humana» —más sentimental si se quiere, pero no menos importante— de la familia. Faltan, en suma, historias de familias concretas. Pongo algunas excepciones, que, afortunadamente, se refieren a áreas sociales muy diferentes: Ángel Díaz de Cerio: *Los Díaz de Cerio*, Pamplona, el autor, 1991, 811 págs.; Isidoro Ursúa Irigoyen: *Ursúa: Historia y seguimiento de un apellido navarro*, Pamplona, el autor, 1996; Julio Caro Baroja: *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Caro Raggio, 1997, 540 págs.; José Miguel Urtiaga Marco: «Una compleja red política y empresarial: La familia López, 1889-1972»: *Príncipe de Viana*, lxii, núm. 224 (2001), 719-744.

En Navarra —¿y dónde no?—, la forma de ser y actuar de la familia está muy vinculada con el fenómeno vocacional, que es la puerta de entrada a esa otra realidad que es la Iglesia, tan importante en esta región. Sobre ese aspecto concreto, remito a los libros de Antón M. Pazos, *El clero navarro, 1900-1936*, Pamplona, Eunsa, 1990, 502 págs., y José Antonio Marcellán Eigorri: *Cierzo y bochorno: Fenómeno vocacional de la Iglesia en Navarra (1936-1986)*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1988, 1.150 págs., y *La Iglesia navarra, a los cuatro vientos, 1936-1986*, Pamplona, Ediciones Eunata, 1996, 667 págs. Siendo cronológicamente complementarios, se trata de tres estudios de factura distinta. Pazos es historiador y Marcellán fue periodista. Pazos hace un estudio sistemático de sociología histórica (el primero efectuado en España sobre el clero en el

último siglo), que va desde el ámbito familiar y la formación de los candidatos hasta su trayectoria típica, en tanto que los de Marcellán son dos libros comprometidos con el enorme vaivén que, estadística y, sobre todo, anímicamente, experimentó el clero navarro desde el entorno de 1970.

No es del mismo corte, pero tiene que ver tanto o más con las actitudes mentales el conjunto de semblanzas de un cura rural, de 1969-1972, que ha publicado Juan J. Sayés Bermejo: *Sentimientos y personas en una comarca de Navarra*, Peralta, Gráficas Azkoyen, 1985, 150 págs. Es un libro mucho más literario —y poético— que propiamente historiográfico, pero, desde este último punto de vista, ayuda a comprender el alcance de la pertenencia al mundo eclesiástico y su engarce rural.

Entre las biografías de corte rigurosamente académico, destacan las de José Goñi Gaztambide, *Mariano Arigita y Lasa (1864-1916), vida y obra: Crónica de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2001, 326 págs.; del propio Goñi, el tomo XI (*Siglo XX*) de la *Historia de los obispos de Pamplona*, Pamplona, Eunsa, 1999, 891 págs., que es en realidad una biografía —y, sobre todo, un detallado recorrido por el pontificado pamplonés de fray José López Mendoza—; Carlos Moreda de Lecea: «Don Mateo Múgica Urrestarazu (Antecedentes, pontificado en Pamplona y algunos aspectos de su pontificado en Vitoria)»: *Anuario de historia de la Iglesia*, iii (1992), 527-638; Xavier Adro: *Doctor Irurita*, Barcelona, Librería Urquinaona, 1990, 444 págs.

En *Mariano Arigita y Lasa (1864-1916), vida y obra*, se describe en primer lugar un proceso vocacional que puede considerarse típico y que ilustra muy bien el clima familiar y eclesiástico en que se dio la floración vocaciones navarra del siglo XIX; aunque lo que llama la atención sobre la personalidad de Arigita es su carácter de archivero e historiador, trayectoria profesional que se reconstruye puntualmente en el libro de Goñi Gaztambide. El libro añade la edición de la *Cronica de la Provincia de Navarra* que fue redactando Arigita, en funciones de cronista de la región, entre 1897 y 1903.

En cuanto al tomo XI de la *Historia de los obispos de Pamplona*, es, como toda la obra de Goñi, un verdadero monumento de erudición, un venero de datos, exhaustivo, donde otros historiadores pueden hallar lo necesario para hablar de los problemas de la historia navarra de 1900-1923 que rozaron siquiera lo eclesiástico (problemas que no son pocos ni poco importantes: así la acción social católica o las relaciones con los políticos y la prensa y, en particular, con el *Diario de Navarra*, cuya lectura llegó a prohibir López Mendoza). No hay que pensar que sea, sin embargo, una obra de historia política eclesial o eclesiástica; los capítulos que se dedican al cabildo catedralicio y la catedral, a la música sacra, a los religiosos, a la atención de los fieles o a la visita pastoral permiten conocer también la vida religiosa en sí misma.

Es lástima que no contemos con un nivel de conocimientos parejo en lo que atañe al soporte económico de la Iglesia y de otros aspectos de la historia mental de la región; la historia económica que se ha escrito en Navarra y sobre Navarra peca precisamente de eso, de económica, y apenas tiene en cuenta los factores mentales. No puedo mencionar ni una sola excepción. Después lo explicaré con más detalle.

Pero hay otros ámbitos no menos importantes donde sí ha penetrado esa perspectiva culturalista. Así, son de gran interés las acotaciones mentales que ha hecho María del Mar Larraza Micheltorena en su estudio de sociología electoral *Aprendiendo a ser ciudadanos: Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*, Pamplona, Eunsa, 1997, 409

págs. En principio, se trata de la versión navarra de uno de esos temas seriados que van investigándose en cada una de las diversas regiones de España (en este caso, *Elecciones y partidos políticos en...*). Pero la autora, bien dirigida, ha sabido trascender los números de los resultados electorales y los cambios institucionales de los partidos políticos y se esfuerza en penetrar en las actitudes que revelan esos cambios y aquellos números. Sin duda con éxito. Pamplona se revela como una ciudad bastante ajena al caciquismo al uso, permeable a las mismas tensiones que se pusieron de manifiesto en toda España (especialmente, la religiosa y la social), pero sin perder cohesión precisamente social y mental, de suerte que no había correspondencia rigurosa entre extracción social y voto; durante todo el período 1890-1923 —el del sufragio universal—, la ciudad mantuvo un claro predominio carlista en términos relativos —del 20 al 25% del voto— pero albergó las versiones locales de los demás partidos presentes en toda España. A subrayar, la calidad técnica del estudio, sobre todo el depurado método estadístico y la soltura con que la autora salta de ello a lo estrictamente interpretativo.

Aspecto este último en el que son inusuales no obstante, en la historia política, acotaciones del interés de la de Javier Ugarte: «Un episodio de *estilización* de la política antirrepublicana: La fiesta de San Francisco Javier de 1931 en Pamplona», en *El rumor de lo cotidiano: Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, pág. 159-182. El mismo Javier Ugarte Tellería es autor del libro quizá más imaginativo de la historiografía navarra sobre el siglo XX: *La nueva Covadonga insurgente: Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, 478 págs. En él se examina todo el proceso de la conspiración y levantamiento en armas a la búsqueda de la mentalidad que lo informó. Y el resultado es más que convincente.

Tampoco abundan —pese a lo que, seguramente, se guarda en los arcones de las casas— testimonios de la manera de pensar como el —más que notable— que ha publicado Víctor Manuel Arbeloa: «Once cartas de mi padre desde el frente (1936-1937)»: *Aportes*, xvii, núm. 48 (2002), 103-119. También, Ricardo Ollaquindia: *Cartas de un requeté del tercio del Rey, José María Erdozain*, Madrid, Editorial Actas, 1997, 222 págs. Sobre esta coyuntura, siempre desde el punto de vista mental, son menos elocuentes pero no desdeñables obras como las de Javier Nagore Yáñez, *Espíritu y vida en los tercios de requetés*, Madrid, Comunión Tradicionalista Carlista, 1990, 38 págs., y Manuel Bellosillo: *Tercio de requetés de Valvanera: Semblanzas y canciones*, Madrid, Editorial Actas y Fundación Luis Hernando de Larramendi, 1992, 376 págs., que cito aquí porque, aunque fue tercio riojano, se reconstruyó con navarros cuando la guerra lo diezmó.

LA ARTICULACIÓN DE LA SOCIEDAD

No hay una visión de conjunto de la sociedad navarra del siglo XX fuera del libro, ya citado, *La sociedad navarra*, de Amando e Iñaki de Miguel; queda dicho que es lo que intenté articular en mi *Historia contemporánea de Navarra*. Sí hay, en cambio, una pequeña multitud de aportaciones parciales.

En primer lugar, hay ya un grupo nutrido de títulos sobre asociaciones concretas, acerca de las cuales pueden hallarse, especialmente, comunicaciones en los congresos

de historia que se han mencionado hasta aquí. No puedo entrar en el pormenor de esos estudios. Sólo destacaré, por su especial envergadura, los libros de Carmen Erro Gasca: *Creación de sociedades mercantiles y formación de capital en Navarra, 1830-1910*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1997, 145 págs.; Jesús Equiza: *El cooperativismo en Navarra en el siglo XX*, Madrid, Nueva Utopía, 1996, 394 págs.; Emilio Majuelo Gil y Ángel Pascual Bonis: *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial: Sesenta y cinco años de la Federación de Cooperativas navarras, 1910-1985*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1991, 543 págs. Se da un avance del proceso de formación del entramado de bodegas navarras en el siglo XX —muchas de ellas ligadas al movimiento cooperativo— en el libro de Jorge Sauleda Parés, *Viñas, bodegas, vinos*, Pamplona, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, 1988, 211 págs., que intenta cubrir, en realidad, toda la historia del vino en Navarra.

Me detendré primero en el libro de Carmen Erro para decir que, aunque pertenece al ámbito de la economía y es, por sí mismo, un estudio más económico que social, no deja de ofrecer esta última faceta —la social—, que lo hace particularmente interesante teniendo en cuenta que los estudios sobre el asociacionismo no suelen fijarse en ese territorio, el de las iniciativas empresariales.

Por su parte, el cooperativismo navarro ha sido una de las glorias asociativas de la región en el siglo XX; lo estudié en *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 427 págs.; dirigí la tesis de licenciatura de Pedro Pejenaute Goñi, que ha publicado sobre ello varios estudios menores, que merecerían reunirse en un libro, y han vuelto sobre lo mismo Jesús Equiza y Majuelo y Pascual. Del libro de estos dos últimos autores debo decir que disiente de la orientación ideológica del cooperativismo dominante en Navarra durante el siglo XX (lo considera reaccionario y notablemente mediatizado por el clero), pero que no por eso puede considerarse una investigación desdeñable (lo suele ser, por principio, cualquier visión histórica en que la posición del historiador se contraponen a la del hecho historiado, porque, de este modo, no cabe entender ese hecho y es fácil derivar al maniqueísmo); los autores rehacen bien la trayectoria institucional y, en parte, económica y aportan los datos sustanciales, necesarios para interpretar el cooperativismo navarro desde cualquier punto de vista, sin olvidar desde luego su adhesión a las dos dictaduras de 1923-1930 y 1936-1975, ni ocultar tampoco su enfrentamiento a los sectores falangistas, por más que este último aspecto apenas quede apuntado.

El libro de Jesús Equiza es completamente distinto: es, por decirlo así, esencialista; no es obra de historiador, sino de hombre formado en teología, y eso se nota claramente en la forma de aproximarse al tema en las páginas iniciales. Las demás —la mayor parte de la obra— son un enorme muestrario de los tipos de cooperativas que se fueron formando desde 1902 hasta finales del siglo XX. Insiste mucho —y no está mal— en la tipología y, por eso, transcribe estatutos de varias cooperativas; cosa que es claramente útil.

Es llamativo que no haya ningún estudio semejante sobre el asociacionismo derivado de la Acción Católica, que tuvo tanta incidencia en las luchas sindicales de los años sesenta-ochenta. Sólo podríamos citar unas pocas comunicaciones a congresos, además del libro de José Vicente Iriarte Areso: *Movimiento obrero en Navarra (1967-*

1977): *Organización y conflictividad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, 409 págs., que es en realidad un verdadero prontuario de los conflictos laborales de aquellos años.

Hay historias de asociaciones concretas, frecuentemente vinculadas a aniversarios y redactadas con criterios encomiásticos, pero no por eso exentas de interés: así, las de Pedro María Flamarique Zaratiegui y Lucio Velasco Rioja: *Historia de la Peña Sport 1925-1985*, Tafalla, Peña Sport, 1985, 240 págs.; José Torrecilla: *75 aniversario de Izarra*, Estella, el autor, 1998, 212 págs. Como se ve, se trata de asociaciones deportivas; aunque, en las comunicaciones a los diversos congresos que se mencionan en estas páginas, no faltan los estudios de menor envergadura acerca de entidades de otra naturaleza.

El único intento de trazar una visión global del fenómeno asociativo navarro es de Manuel Ferrer Muñoz: «Panorama asociativo navarro entre 1887 y 1936», en *II Congreso mundial vasco*, t. VII, San Sebastián, Txertoa, 1988.

No olvido la importancia de la educación en la historia —y en la historia social precisamente—, acerca de lo cual hay varias contribuciones de las que sólo menciono las de mayor envergadura. Sobre la educación en general, las ponencias y comunicaciones del *Primer Encuentro sobre historia de la educación en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2001, 256 págs. —un valioso conjunto que en realidad se remonta al Medioevo y trasciende, por tanto, el marco cronológico de estas páginas—, y las aportaciones cronológicamente menores —más ceñidas al siglo XX— de Reyes Berrueto Albéniz: «Para una historia de la educación en el siglo XX», en ese *Primer Encuentro sobre historia de la educación en Navarra*, pág. 281-290, y su *Política educativa en Navarra, 1931-1939*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1991, 317 págs.

Sobre el nivel primario, José Remigio Múgica Navarro: *Concentraciones escolares en Navarra, 1962-1985*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 414 págs. En relación con ese mismo nivel educativo, Elena Eslava Garijo: «La educación especial en Navarra (1850-1970)», en el propio *Primer Encuentro* mencionado, pág. 291-300.

Sobre la formación profesional en sentido amplio, la comunicación de Ana Elena Redín Armañanzas, «Enseñanza de las artes en Pamplona (1800-1939): La Escuela de Artes y Oficios», también en el *Primer Encuentro sobre historia de la educación en Navarra*, arriba citado, pág. 153-163; en el mismo *Encuentro*, Micaela Erviti Baráibar: «La formación profesional y el desarrollo industrial navarro (1946-1990)», pág. 301-310.

Sobre el nivel universitario, *Josemaría Escrivá de Balaguer y los inicios de la Universidad de Navarra (1952-1960)*, ed. por Onésimo Díaz y Federico Requena, Pamplona, Eunsa, 2002, 249 págs., que es una colección de recuerdos vertidos en ocho ensayos por otros tantos pioneros de la universidad, y Román Felones Morrás: *La Universidad Pública de Navarra: Génesis y repercusión de un proyecto*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 640 págs. En otro estilo por completo distinto —las memorias de un profesor—, Francisco Gómez Antón: *Desmemorias*, Pamplona, Eunsa, 2002, 247 págs.

Por fin, no cabe hablar de la sociedad en la Navarra del siglo XX sin referirse a la Iglesia. No hay un estudio de conjunto. Sí lo hay concretamente sobre Estella, y de tal calidad que puede considerarse una ciudad historiográficamente privilegiada no sólo en Navarra sino en el conjunto de España. Es obra de José Goñi Gaztambide: *Historia eclesiástica de Estella*, t. I: *Parroquias, iglesias y capillas reales*; t. II: *Las órdenes religiosas (1131-1990)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990 y 1994, 2 volúmenes. Se trata de un trabajo eminentemente erudito, donde prima la recopilación de datos que pue-

den ser sin duda útiles —y más: imprescindibles— para una elaboración más interpretativa de la vida de la ciudad. Aunque es distinto el enfoque —menos académico—, son también útiles trabajos de presentación de realidades eclesíásticas como el folleto *La parroquia de San Nicolás de Pamplona*, Pamplona, Caja Navarra, 2002, 65 págs., donde se examina sucesivamente la factura del templo en su historia, la del barrio y las cofradías y asociaciones que ha albergado.

De todas formas, el primer estudio propiamente sociológico sobre el clero español en el siglo XX ha sido el de Antón M. Pazos: *El clero navarro, 1900-1936*, del que he hablado ya.

La idiosincrasia católica de la sociedad navarra tuvo uno de sus frutos principales en el campo de las misiones, acerca de las cuales es muy útil la recopilación de Óscar Álvarez Gila de la «Bibliografía sobre emigración y presencia religiosa navarra en la América Contemporánea»: *Anuario de estudios americanos*, li, núm. 1 (1994), 267-286. En realidad, son navarros la mayoría de los misioneros de que habla en su tesis doctoral: *Euskal Herría y el aporte europeo a la Iglesia en el Río de la Plata*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1999, 301 págs.

Sobre la formación de los sacerdotes y la crisis profunda que padeció desde los años sesenta resultan útiles las reflexiones de Agustín Arbeloa: *Seminario de Pamplona: Realidad y esperanza*, Pamplona, Seminario, 1986, 80 págs. (con Javier Vesperinas como coautor), y *Luz y niebla de encrucijada*, Pamplona, el autor, 1992.

Esa crisis tuvo una vertiente doctrinal —política y sindical principalmente— para examinar la cual —sólo desde el punto de vista de las ideas, no desde el de las organizaciones— es útil la recopilación documental de Jesús Equiza: *¿Política o profecía? El profetismo de la Iglesia navarra en los años 70*, Pamplona, Fundación para el Desarrollo informativo navarro, 1983, 266 págs.

El fenómeno singular del crecimiento de las peregrinaciones a Santiago en el último tercio del siglo XX ha merecido la atención especial de Jesús Arraiza Frauca: *Santiago y su camino desde Navarra (1960-1993)*, Pamplona, el autor, 1993, 320 págs.

Son mucho menos abundantes las catas sociológicas referidas a otros grupos sociales. No hay, propiamente, estudios sobre la nobleza o la burguesía navarra en el siglo XX; aunque, rozando la segunda y las clases medias, vuelve a ser necesario remitir a Carmen Erro Gasca: «Negocios, familia y proyección pública: el ejemplo navarro, 1830-1913»: *Cuadernos de investigación histórica*, núm. 17 (1999), 37-66, y en coautoría con María del Mar Larraza Micheltoarena, «Elites locales: Conexiones y vías de reclutamiento en la Navarra de entresiglos», en *III Congreso general de historia de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, cederrom. En la misma línea, Ángel García-Sanz Marcotegui: «Élites económicas y políticas en la Restauración: La diversidad de las derechas navarras»: *Historia contemporánea*, núm. 23 (2001), 577-628. Como biografía representativa de estos sectores, la mejor —un punto apologética— es la de Javier Paredes Alonso: *Félix Huarte, 1896-1971: Un luchador enamorado de Navarra*, Barcelona, Edit. Ariel, 1997, 508 págs. Él mismo ha publicado un inestimable elenco documental: *Félix Huarte: Fuentes históricas*, Madrid, Ed. Rialp, 1993, 1.103 págs.

Como en todas partes, el mundo obrero cuenta con más bibliografía, pero casi exclusivamente como fenómeno político y sindical, tal como ya he advertido. Apenas hay estudios sobre los obreros como grupo social y acerca de sus condiciones de vida.

Contamos, sí, con algunas biografías, que, sin embargo, también atienden más la faceta sindical y política que la económica y la social. Véase al respecto la de Ángel García-Sanz Marcotegui: *Gregorio Angulo (1868-1937): Los «obreros conscientes» navarros*, Pamplona, Fundación Juan José Gorricho y Unión General de Trabajadores de Navarra, 1999, 345 págs.

Y lo mismo habría que decir de los campesinos, siempre como grupo social, si no fuera porque, en los últimos años, se han ido publicando —felizmente— historias de lugares concretos, en los que la vida rural se pone de manifiesto en toda su riqueza. Véanse los libros de Cándido Ániz Iriarte: *Ochovi: Historia de lo pequeño*, Salamanca, San Esteban, 1996, 281 págs.; Javier Asín: *Navascués en el siglo XX*, Pamplona, el autor, 1995, 236 págs.; Pedro Esarte: *Alduide, corazón de Navarra*, Elizondo, Utrimque roditur, 1983, 346 págs.; Isidoro Ursúa Irigoyen: *Arzoz: Sus familias y sus casas*, Pamplona, el autor, 1997, 213 págs.; del mismo, *Muzqui y su historia*, Pamplona, Larraona, 1999, 111 págs., y también *Esténoz, nuestro pueblo*, Pamplona, el autor, 1996; José Andrés-Gallego: *Burguete-Auritz, nueve siglos de historia*, Burguete, Ayuntamiento, 1998, 268 págs.

El caso del Quinto Real presenta unas connotaciones institucionales, incluso de carácter internacional, que no sólo han sido estudiadas en el libro citado de Pedro Esarte y en el mío sobre *Burguete-Auritz*, sino también en los de Fernando de Arvizu: *El conflicto de los Alduides (Pirineo navarro)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 427 págs., y *La solución institucional del conflicto de los Alduides (Pirineo navarro)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 248 págs.

En la mayoría de esas obras, inevitablemente, se habla de la emigración, de la que son buena muestra los estudios de Ignacio Aranaz Zuza et al.: *Navarros en América: Cinco crónicas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 315 págs.; Manuel García Sesma: *Navarros en México*, Fitero, el autor, 1990, 260 págs.; Agustín Otondo y Dufurrena y Patricio Legarraga Radatz: *Emigración a Chile del valle de Baztán (Navarra) en el siglo XX*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, 200 págs., además del libro dirigido por José Andrés-Gallego: *Navarra y América*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992, 552 págs.

Sabido es que, en nuestro mundo, la primera respuesta a la desigualdad social es la beneficencia. No ha tenido en Navarra, sin embargo, los necesarios estudiosos. Ved, entre las excepciones, el libro de Camino Oslé Guerendiáin: *La Casa de Misericordia de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2000, 375 págs.

Es todo lo contrario de lo que ocurre con su contrapartida: la protesta social. De ella se han ido descubriendo los momentos y circunstancias capitales y los movimientos que le dieron pábulo; aunque, la mayoría de las veces, el tema se confunde con la lucha sindical en general y con los enfrentamientos políticos en particular. Remito a los libros de Ángel García-Sanz Marcotegui, *Navarra: Conflictividad social a comienzos del siglo XX y noticia del anarco-sindicalista Gregorio Suberviola Baigorri (1896-1924)*, Pamplona, Pamiela Argitalpena, 1984, 142 págs., y Emilio Majuelo Gil: *Luchas de clases en Navarra (1931-1936)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, 385 págs., y *La II República en Navarra: Conflictividad agraria en la Ribera tudelana (1931-1933)*, Pamplona, Pamiela, 1986, 207 págs. Ya he mencionado la obra de Iriarte Areso *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*. No abundan, por desgracia, las aproximaciones locales, del tipo de la de José Miguel Gastón Aguas: *Justicia y tierra: Conflictividad en Peralta durante la II República*, Tafalla, Altaffaylla, 1995, 231 págs.

En el fondo de todo esto, latían las condiciones de vida, que han merecido poca atención pero sobre las que algo —y no desdeñable— se ha escrito. Véanse los libros de Sagrario Anaut Bravo: *Cambio demográfico y mortalidad en Pamplona (1880-1935)*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona y Universidad Pública de Navarra, 1998, 255 págs., y *Luces y sombras de una ciudad: Los límites del reformismo social y del higienismo en Pamplona*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002, 290 págs., además de la fuente primaria que hay en *Movimiento natural de la población navarra, 1858-1989*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1993, 330 págs.

Esto sobre la demografía y la salud. Sobre la alimentación, Carlos Sola Ayape: *Abasto de pan y política alimentaria en Pamplona (siglos XVI-XX)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2001, 340 págs.

No poco elocuentes acerca de todo esto son las 203 fotografías de *Navarra en blanco y negro*, editado por José María Domench y Luis Azpilicueta, Madrid, Espasa, 2000, 206 págs. Enmárguese en el libro de Carlos Cánovas: *Apuntes para una historia de la fotografía en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, 103 págs. Y no se olvide la parte navarra de la obra de que habla Asunción Domeño Martínez de Morentin: *La fotografía de José Ortiz-Echagüe: Técnica, estética y temática*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2000, 536 págs. También, *Pamplona: El siglo XX en imágenes*, dirigido por Javier Itúrbide, Pamplona, Ayuntamiento, 2000, 93 págs., un trabajo bien hecho, en el que se une una buena semblanza histórica —escrita— de la ciudad con un elenco de fotografías muy bien seleccionado. Más amplio aún temáticamente, *Navarra: Imágenes del siglo*, Pamplona y Madrid, Gobierno de Navarra y RTVE, 1995, 3 CD.

El asunto enlaza, obviamente, con el urbanismo, y éste con la política. Ved al respecto José María Ordeig Corsini: *Diseño y normativa en la ordenación urbana de Pamplona (1770-1960)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 200 págs. Sobre un aspecto muy concreto pero de notoria importancia, Francisco Santos Escribano: *Historia de la Mancomunidad de Aguas del Moncayo*, Corella, Mancomunidad de Aguas del Moncayo, 2002.

LA POLÍTICA

Enlacemos, pues, con la política. Que no es precisamente ajena a lo social. La política navarra del siglo XX presenta dos facetas, por demás obvias: una, la común con el resto de España (que puede repartirse, conceptualmente, entre partidos y elecciones, sindicatos y «cuestión social», y anticlericalismo); la otra, singular de Navarra, la historia del fuero. Lo primero —lo común con el resto de España— es lo menos original pero su conocimiento es necesario, tanto para el de lo navarro en sí, como para el de lo español; no tendría sentido dejar Navarra ausente de las síntesis principales del período, que se basan, o se deben basar, en los estudios regionales. Y sobre esto hay que decir lo que ya he dicho páginas atrás: que los historiadores navarros han sido consecuentes con ese deber y han hecho aportaciones suficientes para conocer el acervo común.

Sobre partidos y elecciones, concretamente, he de volver a remitir al estudio inédito dirigido por Ignacio Olábarri, *Contribución al conocimiento de la realidad político-cultural de Navarra, 1890-1936*, y al de María del Mar Larraza, *Aprendiendo a ser ciudadanos: Retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*. Hay bastante más: una pléyade de

historiadores ha hecho comunicaciones a congresos y publicado artículos de revista sobre elecciones concretas. Se me permitirá que no entre aquí en su pormenor, que sería prolijo. Hago excepción, por su mayor envergadura, además de su calidad, con las obras de Ángel García-Sanz Marcotegui, *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración, 1891-1923*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1990, 177 págs., y, del mismo, *Caciques y políticos forales: Las elecciones de la Diputación de Navarra (1877-1923)*, Pamplona, el autor, 1992, 367 págs., y Manuel Ferrer Muñoz: *Elecciones y partidos políticos en Navarra durante la segunda República*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, 558 págs. Los tres libros reúnen los requisitos exigibles a una buena historia electoral. El tercero penetra además en la articulación de la política en la sociedad y llega a conclusiones de especial interés. Más restringido cronológicamente es el de Juan Jesús Virto Ibáñez: *Las elecciones municipales de 1931 en Navarra*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana, 1987, 214 págs.

Fue la época de los estatutos de autonomía, sobre cuya bibliografía (los libros de Jimeno Jurío y Arbeloa) ya hemos hablado. Claro está que en la bibliografía vascongada sobre lo mismo se hayan inevitables referencias a Navarra. Ved al respecto el libro de José Luis de la Granja Sainz: *Nacionalismo y II República en el País Vasco: Estatutos de Autonomía, partidos y elecciones: Historia de la Acción Nacionalista Vasca 1930-1936*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 1986, xxiv + 687 págs. Esta visión —suprarregional— permitiría hacer comparaciones y encontrar semejanzas del tipo de las que ha hallado Santiago de Pablo: «Navarra y Álava ante el Estatuto Vasco (1931-1936): Dos procesos autonómicos paralelos», en *Primer Congreso general de historia de Navarra*, t. V, *Príncipe de Viana*, xlix, anejo 10 (1988), 347-354.

En toda esta literatura, se habla, inevitablemente, de candidaturas y, por lo tanto, de partidos políticos y, a veces, de su organización y funcionamiento. Pero, aparte de ello, hay historias de partidos propiamente dichas, como las de Carlos Clavería: *Navarra, cien años de nacionalismo vasco*, Pamplona, Fundación Sabino Arana, 1996, 2 volúmenes; Araceli Martínez-Peñuela Virseda: *Antecedentes y primeros pasos del nacionalismo vasco en Navarra (1876-1918)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, 233 págs.; Josu Chueca Intxusta: *El nacionalismo vasco en Navarra (1931-1936)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, 440 págs.; Juan Carlos Peñas Bernaldo de Quirós: *El carlismo, la república y la guerra civil (1936-1937): De la conspiración a la unificación*, Madrid, Ed. Actas, 1996, 368 págs.; Aurora Villanueva: *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, Madrid, Editorial Actas, 1998, 575 págs.; Juan Jesús Virto Ibáñez: *Partidos republicanos en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1986, 63 págs.

La obra de Chueca Intxusta revisa, con enfoque nacionalista, todo lo que concierne al proceso estatutario de 1931-1936, pero añade acotaciones interesantes sobre la penetración organizativa del PNV en la Navarra de esos años, sobre todo con la formación de Centros Vascos y el empeño en difundir el euskera.

En cuanto al carlismo, destaco el libro de Juan Carlos Peñas Bernaldo de Quirós por su importancia para el conocimiento del movimiento político quizá más importante —por lo menos, más popular— de la Navarra del siglo XX; aunque debo decir que el libro sólo trata de Navarra por exigencias del guión; su perspectiva es general, del conjunto de España. En este sentido, interesa más a nuestro cometido la obra de Aurora Villanueva sobre el carlismo navarro en los primeros lustros del Régimen; crono-

lógicamente, es casi exacta continuación del libro anterior: empieza en abril de 1937 y llega a 1952. Y la calidad es semejante, siendo máxima en ambos casos.

En general se trata de obras de corte clásico, en las que no se abordan las técnicas y enfoques más modernos, cuantitativos en parte, que se dejan ver, en cambio, en la notable comunicación de M. Ferrer Muñoz, M.E. Anaut Aicua y J. Cía Aldaba: «Bases sociales de los partidos políticos en Navarra durante la segunda República», en *Segundo Congreso general de historia de Navarra*, t. III, *Príncipe de Viana*, liv, anejo 15 (1993), 431-444.

Apenas puede citarse un libro, en cambio, sobre sindicatos. Su historia se ha rehecho en la bibliografía sobre las luchas sociales —a la que ya me he referido— y en comunicaciones a congresos y artículos de revista que sería prolijo enumerar. Hago excepción, por lo «redondo» del tema que contempla —además de la calidad con que lo hace—, de Salvador Carrasco Calvo: «Los sindicatos libres en Navarra, 1915-1923», en *I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX*, tomo II: *Movimientos sociales*, Pamplona, 1985. También, Javier de Miguel Sáenz: «La Organización Revolucionaria de Trabajadores en Navarra: orígenes y desarrollo, 1964-1977», en *II Congreso de historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX: Príncipe de Viana*, liii, anejo 16 (1992), 737-756; Juan Jesús Virto: «La CNT en Navarra»: *Príncipe de Viana*, xlvii, núm. 176 (1985), 837-859; del mismo, «La UGT de Navarra. Algunas aportaciones al estudio del socialismo navarro»: *Príncipe de Viana*, I (1989), 395-429. Ved, como excepción en cuanto a la carencia de libros, el de Emilio Majuelo Gil: *Historia del sindicato LAB: Langile Abertzaleen Batzordeak, 1975-2000*, Tafalla, Txalaparta, 2000, 219 págs. Ya he mencionado la obra de Iriarte Areso, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977): Organización y conflictividad*.

Entre los dos primeros períodos democráticos del siglo XX se alza la Dictadura, que ha sido bien estudiada por Francisco Miranda Rubio, *La dictadura de Primo de Rivera en Navarra: Claves políticas*, Pamplona, Ediciones Eunete, 1995, 192 págs., y Jesús María Fuente Langas, *La dictadura de Primo de Rivera en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 609 págs. Se trata de dos obras imprescindibles, las dos de corte político clásico, que aclaran todo lo que concierne a los aspectos principales del régimen dictatorial en esta región: tanto lo que atañe a la Unión Patriótica y a los cambios de posición de los políticos conservadores navarros como lo que se relaciona con la profusa cantidad de roces que hubo a cuenta del fuero, los principales los que acabaron con el convenio sobre Administración Local de 1925 y con el convenio fiscal de 1927, pero no sólo éstos.

La participación navarra en la última guerra civil, desde el punto de vista estrictamente militar, ha sido examinada por Rafael Casas de la Vega: *La Guerra de España: El requeté*, Madrid, Comunión Tradicionalista, 1988, 38 págs., y se encuentra, naturalmente, en toda la bibliografía referida a la Guerra en sí misma. Como el opúsculo de Casas de la Vega, no se refiere sólo a Navarra la recopilación de Julio Aróstegui Sánchez: *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, Editorial Actas, 1991, 2 volúmenes.

La otra cara de la moneda ha sido abordada por Mari Jose Ruiz Vilas, José Mari Esparza Zabalegui y Juan Carlos Berrio Zaratiegui (coord.), *Navarra 1936: De la esperanza al terror*, 3ª ed., Tafalla, Altaffaylla Kultur Taldea, 1986, 2 volúmenes, y Ángel García-Sanz Marcotegui (coord.): *El exilio republicano navarro de 1939*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002, 613 págs. Este último libro es una colección de estudios de

diversos autores sobre diferentes aspectos del exilio, seguida de 95 biografías de exiliados concretos, todo ello precedido por una buena visión de Javier Ugarte Tellería sobre lo que fue la segunda República en Navarra. En cuanto al de Ruiz, Esparza y Berrio, replica al estudio de Ramón Salas Larrazábal: *Los fusilados en Navarra en la guerra de 1936*, Madrid, Comisión de Navarros, 1983, 132 págs., pero no queda en esto, sino que rehace la historia de la República y la represión en muchos pueblos de Navarra, basándose principalmente en la memoria oral.

Siguió, como es sabido, el régimen de Franco, sobre cuyas relaciones con Navarra falta —por completo— un estudio que pueda decirse tal, pese a la importancia del tema. Hay algunas aportaciones sobre aspectos concretos: así la de Francisco Miranda Rubio, «Los procuradores de representación familiar en la novena legislatura franquista (1967-1971)»: *Príncipe de Viana*, lv, núm. 203 (1994), 615-637, y la de J. Javier Nagore Yáñez: *Historia del Fuero Nuevo de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994, 678 págs. En este último libro se examina todo el proceso de gestación, desde 1946, de la compilación vigente de derecho civil navarro, con pormenor notable en el que sólo se echa de menos el relato de lo que sucedió en el Congreso de Zaragoza de 1946 en que se propuso sustituir las «compilaciones» de derecho civil foral por «apéndices» al código civil español. El autor no se detiene, sin embargo, en 1973, fecha de promulgación del Fuero Nuevo, sino que habla de la reforma de 1981 —para adecuarlo a la nueva legislación española sobre la familia (que, tácitamente, el autor cree antiforal)— y de la gestación del Amejoramiento de 1982 (que considera asimismo un error jurídico).

Ved, en relación con las dos dictaduras, lo que han escrito Pedro Esarte, *Navarra frente al Estado: Negociaciones y convenios desde el siglo XVIII*, Pamplona, Imprenta Popular, 1983, 325 págs., y Francisco Miranda, Eliane Ilundáin y Jesús Balduz: *Cien años de fiscalidad en Navarra (1841-1941)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 329 págs. Este último libro es una de las aportaciones principales que se han hecho a la historia fiscal del fuero; los autores no se limitan —como hemos hecho los demás— a dar noticia de los diversos convenios que fueron modificando la ley de 1841, sino que se detienen principalmente en la composición de las cargas fiscales, de suerte que examinan sucesivamente y con todo detalle las contribuciones por repartimiento, las contribuciones de utilidades y de la renta, los demás impuestos directos e indirectos y la evolución de la deuda de la región. En relación con ello, debe verse también el libro, más institucional, de Luis Ordoqui Urdaci: *La Cámara de Comptos: La institución fiscalizadora de los fondos públicos de Navarra*, Pamplona, Cámara de Comptos de Navarra, 1997, 306 págs.

Toda la legislación vigente hasta 1935 fue recopilada por José María Estecha y Martínez: *Régimen político y administrativo de las Provincias vasco-navarras*, reed. facsímil dirigida por Joseba Agirreazkuenaga, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 1997, XLIII + 607 + 273 + 279 págs.

En cuanto a lo que ha seguido en la historia, la Transición navarra ha sido objeto de una narración pormenorizada y una muy notable selección de fuentes hecha por Joaquín Gortari Unanua: *La Transición política en Navarra (1976-1979)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, dos volúmenes. El primer volumen contiene la narración, muy ajustada a la cronología y a los textos, de manera que es, también desde este punto de vista, un muy notable complemento del segundo volumen, en el que se transcriben 138 documentos fundamentales del Archivo Administrativo de la Diputación, sobre el pro-

ceso de democratización de las instituciones navarras. Es una obra imprescindible como elenco de fuentes. Pero no se debe dejar de lado el conjunto de visiones —muy desiguales y temáticamente parciales, pero útiles— que ha reunido José Luis Ramírez Sádaba (dir.): *Democratización y mejoramiento foral. Una historia de la Transición en Navarra (1975-1983)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, 692 págs.

El proceso se prolongó con la gestación del Amejoramiento y la negociación de un nuevo convenio fiscal. No hay libros propiamente historiográficos sobre ello, pero sí obras de carácter jurídico administrativo que sirven sobremedida al historiador: así, las de Jaime Ignacio del Burgo: *Introducción al estudio del Amejoramiento del Fuero (Los derechos históricos de Navarra)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, 342 págs., y *El Convenio Económico entre el Estado y Navarra de 1990*, Pamplona, Cámara de Comercio e Industria de Navarra, 1991, 210 págs. De lo contemplado en la constitución española de 1978, se ha prestado menos atención al aspecto que estudia Demetrio Loperena Rota: *Derecho histórico y régimen local de Navarra: Alcance institucional y competencial de la disposición adicional primera de la Constitución española*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1988, 390 págs.

Sobre las instituciones nacidas o reformadas en la Transición, debe verse la obra de Moisés Bermejo Garde, Moisés y Pablo Díez Lago, *Crónica del Parlamento de Navarra: 1979-1989*, Pamplona, Parlamento de Navarra, 1990, 129 págs. También, *XX aniversario de la Cámara de Comptos de Navarra: Crónica de 20 años, 1980-2000*, Pamplona, Cámara de Comptos, 2000, 101 págs.

Por último, las siempre necesarias e incluso prioritarias biografías. Ya he mencionado las de López Antón sobre Campián y Javier Paredes sobre *Félix Huarte*, y añado ahora el elenco de personajes que ha trazado Ángel García-Sanz Marcotegui, *Republicanos navarros*, Pamplona, Pamiela, 1985, 189 págs., así como su biografía de *Florencio Alfaro Zabalegui (1882-1936): Trayectoria y testamento político de un concejal republicano pamplonés*, San Sebastián, Txertoa, 1986, 107 págs., y la de Francisco Javier Asín Semberoiz: *Amadeo Marco Ilincheta: Semblanza de un político navarro en el siglo XX*, Pamplona, el autor, 1996, 348 págs. También, Ángel García-Sanz Marcotegui, *Diccionario biográfico de los diputados forales de Navarra (1840-1931)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 560 págs., y del mismo autor *et al.: Diccionario biográfico de los diputados forales de Navarra (1931-1984) y de los secretarios de la Diputación (1834-1984)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 524 págs.

Por excepcional que sea la singladura del autor, debe tenerse en cuenta el libro de Juan Satrustegui: *Memorias de un anarquista entre las tropas de Franco*, Estella, Gráficas Lizarra, 1994, 311 págs. Contrasta, obviamente, con las de Miguel Javier Urmeneta: *Memorias*, Pamplona, Pamiela, 1991, 2 volúmenes. Véanse también las de Luis Elío: *Soledad de ausencias, entre las sombras de la muerte (España, 1936)*, Méjico, UNAM, 1980.

Claro que ha habido un pensamiento político en todo esto. Pero los libros dedicados expresamente a él llevan la impronta del momento en que se escribieron y para el que fueron escritos; no son propiamente historiográficos aunque empleen la historia como parte de la argumentación y como apoyo. Con esta reserva —o esta cualidad, según se vea—, remito a las obras de Juan Cruz Alli Aranguren: *Navarra, comunidad política diferenciada*, Pamplona, Sahats, 1999, 573 págs.; Miguel Ayuso: *Koinós: El pensamiento político de Rafael Gambra*, Madrid, Speiro, 1998, 239 págs. (que es una excepción en la reserva que he hecho, precisamente porque no habla de un político que

haya sido tal en ejercicio); tres obras de Jaime Ignacio del Burgo: *Navarra en la encrucijada*, Pamplona, Grafinasa, 1980, 262 págs.; *El ocaso de los falsarios*, Madrid, Editorial Laocoonte, 2000, 192 págs., y *Navarra es libertad*, Madrid, Fundación Humanismo y Democracia, 1999, 2 volúmenes; Miguel José Izu Belloso: *Navarra como problema: Nación y nacionalismo en Navarra*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, 461 págs.; Jon Oria Osés: *Navarra es una colonia española y francesa*, Pamplona, Mintzoa, 1994, 168 págs.; Bixente Serrano Izco: *Navarra-Euskadi: Un debate popular que urge*, San Sebastián, Hor-dago, 1981, 130 págs.; J. Villanueva: *Nacionalismo y conflicto nacional en la sociedad vasco-navarra*, San Sebastián, 2000, 293 págs. Soy consciente de la heterogeneidad —y de las diferencias de calidad— que hay en esta enumeración. Permítaseme, no obstante, primar la variedad de puntos de vista, que es lo que quiero reflejar.

Ya he mencionado los libros de Azcona Pastor y Gortari Unanua, *Navarra y el nacionalismo vasco: Ensayo histórico-político sobre las señas de identidad originarias del viejo Reino*; J.J. López Antón: *Arturo Campión, entre la historia y la cultura*, y otros relacionados con el pensamiento.

LA ECONOMÍA

La razón por la que ha quedado para el final la economía es ésta: así como —según hemos visto— se puede decir que ha habido un proceso de acercamiento de la historia política y social a la cultural —por la vía de la mentalidad, empleada como tamiz por el que se ha de pasar cualquier estudio histórico de calidad—, la historia económica, en Navarra, no ha participado apenas de ese fenómeno. La razón principal estriba, paradójicamente, en su adecuación metodológica a los mejores patrones de la historia económica española, que, en las dos últimas décadas, ha derivado hacia un tecnicismo muy notable. Que —quizá— la ha deshumanizado. No es sólo que hoy sepamos mucho más que en 1980 sobre la historia económica de España y de Navarra en el siglo XX; es que, además, lo sabemos de otro modo: la historia económica de antaño —que tenía mucho de historia de la política económica y, en Navarra, de historia del fisco foral— ha dado paso a una historia de lo económico en sí, que, como contrapartida, ha perdido de vista —o así me lo parece— que también la economía es un fenómeno humano y que, por tanto —como en todas las demás ramas de la historia—, el estudio de su pasado no dará visiones completas, satisfactorias, mientras no descubra el palpito humano también en lo económico.

Dicho esto, insistiré en que lo publicado en los últimos años es bastante bueno. No hay un estudio separado sobre la economía de Navarra en el siglo XX; pero no son pocas las obras —entre las que he citado hasta aquí— que se abren con una introducción más o menos amplia sobre la situación demográfica y económica de la región. Aunque sólo sea en este sentido, sí podemos decir que tenemos ya una imagen completa de lo que fue su economía en rasgos generales. Como síntesis, sin duda heterodoxa en cuanto a la sistematización, pero amena y abundante en acotaciones novedosas, recordaré el libro conmemorativo que ha dirigido por Arturo Navallas Rebolé: *Navarra y la Caja en 75 años, 1921-1996*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, 317 págs.; con la colaboración de medio centenar de autores, cada uno de los

cuales expone lo relativo a un aspecto de la vida navarra —desde la demografía al cine o al deporte—, se traza una visión formada por un largo conjunto de *flashbes* con los que se va entreverando el desarrollo económico de Navarra durante esos setenta y cinco años y, más concretamente, el papel de la Caja. Es obra menos técnica que las que voy a citar ahora, pero no por eso desmerece, al menos desde el punto de vista de una historia global de Navarra.

Paralela a la anterior, pero de otra factura, es la obra *Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de Pamplona: 125 años de historia, 1872-1997*, dirigida por Agustín González Enciso, Pamplona, Caja de Ahorros Municipal, 1998, 340 págs. En este caso, los autores optan por dividir su estudio en seis grandes partes: la concerniente a la economía española en general, la referida a la navarra en particular, una breve historia de la ciudad de Pamplona y tres partes finales en las que se examina el desarrollo de la Caja, su obra social y su repercusión en la prensa. Todos los trabajos van debidamente anotados y algunos de ellos se basan en investigaciones de archivo.

Aparte, hay aportaciones, globales también, en las que se resaltan aspectos más concretos. Quizá la principal sea la de Carmen Erro Gasca: *Promoción empresarial y cambio económico en Navarra, 1830-1913*, Pamplona, Cámara de Comercio e Industria de Navarra, 1997, 302 págs.; autora también de un avance —en parte complemento de ese libro— que ya he mencionado: *Creación de sociedades mercantiles y formación de capital en Navarra, 1830-1910*. El protagonista de su investigación son las sociedades mercantiles creadas en Navarra en el período del título y la primera conclusión es que hubo más actividad de la que se suponía, si bien la que hubo se relacionó especialmente con el sector primario, que seguía siendo el motor de la economía navarra. Hubo sectores —el eléctrico, el químico, el papelerero...—, con todo, que, sin que dejaran de guardar relación con el desarrollo de aquel sector —el primario—, requirieron mayores concentraciones de capital y eso hizo que, en la primera década del siglo XX, se formaran cada vez más sociedades de carácter anónimo. El que atraía no era, sin embargo, capital del resto de España, ni mucho menos extranjero, sino regional. En este sentido, se pone de relieve que los motores humanos del desarrollo —incipiente pero real— que se registró a principios de siglo fueron miembros de la *élite* regional, relacionados —que no emparentados— con las familias de más abolengo. Esto último, por cierto, deja ver que, sin abandonar el mayor tecnicismo, la autora sí se esfuerza por descubrir ese pálpito humano que echábamos de menos en la historia económica navarra en general. Por lo demás, el asunto tiene que ver con el que examina Josean Garrués Irurzun, «Cien años en la formación de capital en Navarra (1886-1986)», en *II Congreso de historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX: Príncipe de Viana*, liii, anejo 16 (1992), 433-462, que tiene la ventaja de prolongar la pesquisa en el tiempo hasta buena parte del siglo XX.

También, Ezequiel Uriel y Joaquín Maudos: *Capitalización y crecimiento de la economía navarra 1955-1997*, Bilbao, Fundación BBV, 1998, 332 págs. Se trata en este caso de una exposición sistemática del gran desarrollo navarro de la segunda mitad del siglo XX, en la que se analizan sucesivamente las variables básicas, la formación del capital, la productividad, la evolución y estructura del tejido productivo y la composición y distribución de la renta. Es quizá la visión más completa con que contamos acerca del período áureo del crecimiento económico de la región.

En los antecedentes agrarios de ese crecimiento, han indagado Iñaki Iriarte Goñi: *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra 1855-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1996, 495 págs., y Domingo Gallego Martínez: *La producción agraria de Álava, Navarra y La Rioja desde mediados del siglo XIX a 1935*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, 2 volúmenes. El libro de Iriarte Goñi es un buen estudio de una realidad tan notable como es la propiedad común en Navarra, que sigue ocupando el 42% de la superficie de la región. Iriarte Goñi analiza el proceso desamortizador —ya estudiado por Gómez Chaparro desde el punto de vista jurídico y por Alfredo Floristán desde el geográfico— y, sobre todo, examina la administración de los bienes restantes por parte de la Diputación Foral entre 1855 y 1935, llegando a conclusiones valiosas acerca de la inclusión del propio proceso desamortizador y, sobre todo, del roturador en la dinámica económica y social de la época.

Se relaciona obviamente con todo lo que vengo diciendo el número monográfico «La banca privada en el País Vasco y Navarra entre 1920 y 1935»: *Informaciones: cuadernos de archivo*, VI, núm. 54 (1998), 81 págs.

En cuanto a otros aspectos fundamentales, sobre la estructura de la propiedad ya he mencionado el estudio de Pilar Erdozain Azpilicueta, *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra contemporánea*, y el de Iñaki Iriarte Goñi: *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra 1855-1935*. Apenas puede añadirse otra cosa —de cierta entidad— que el libro de José Miguel Lana Berasáin: *El sector agrario navarro (1785-1935): Cultivo, ganadería, propiedad y mercado*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, 264 págs. El de Pilar Erdozain es especialmente original; porque toma la familia como medida y referencia del quehacer económico; no evita, sin embargo, que parezca quedar reducida a eso, a célula económica. Pero se trata de un enfoque —de la economía— notablemente novedoso.

Sobre la agricultura, además, Manuel Rapún Gárate: *La agricultura de Navarra entre 1962 y 1982: Una aproximación general y comarcal a su proceso de transformación*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1986, xxvii + 296 págs.

Sobre la industria, Gonzalo Sanz-Magallón Rezusta: *Crecimiento económico y modernización industrial en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, 388 págs.; estudio de enorme tecnicismo, en el que se examinan sucesivamente la coyuntura de 1964 en adelante, el cambio estructural y la dinámica demográfica, por fin el proceso de industrialización antes y después de la integración de España en la CEE.

También, Josean Garrués Irurzun: *Empresas y empresarios en Navarra: La industria eléctrica, 1888-1986*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, 439 págs., monografía precedida de una buena síntesis —mejor de lo habitual en estos casos— del desarrollo económico navarro desde 1886, de donde pasa a centrarse exclusivamente en el desenvolvimiento de la industria eléctrica, con especial atención al período de esplendor de las sociedades eléctricas locales, que fue el primer tercio del siglo XX.

Sobre los transportes, Agustín González Enciso con la colaboración de Carmen Jubilar: *Las carreteras en Navarra hace 100 años*, Pamplona, Cámara Navarra de Comercio e Industria, 1999, 96 págs.; texto de notable interés, en el que los autores consiguen presentar el transporte de la época como una realidad viva, plenamente humana. Examinan sucesivamente la situación de las vías de comunicación, las técnicas de construcción de las mismas, el tráfico real, el tipo de máquinas automóviles que se empleaban y los empresarios del transporte existentes. En realidad, no hablan preci-

samente de las carreteras en el año 1900, sino entre 1895 y 1931 aproximadamente. Amplían lo que ya se expuso en *Historia de las vías de comunicación terrestres en Navarra*, dirigida por Agustín González Enciso y Valentín Vázquez de Prada, Pamplona, Autopistas de Navarra, 1993, 430 págs., donde se trataba también de los ferrocarriles. Sobre el tren en concreto, Juan José Martinena Ruiz: *Navarra y el tren*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998, 96 págs. Sobre el caso particular de Alduide, Pedro Esarte: *El ferrocarril europeo de Navarra*, Pamplona, Utrimque roditur, 1982, 217 págs.

Sobre los automóviles, Gonzalo García: *Historia del automóvil en Navarra: Navarra, punto de arranque*, Pamplona, Seat, 1986, 133 págs.

* * *

El lector puede haber acabado ahíto de libros y otras páginas. Sólo puedo alegar en mi favor que la bibliografía que he manejado para elaborar este ensayo, sobre el siglo XX en Navarra, cuenta con 540 títulos y que lo que he llevado a cabo en esta nota bibliográfica es una mera selección —necesariamente parcial y sin lugar a dudas discutible— de ese largo conjunto. He omitido, casi por sistema, las comunicaciones y artículos de revista que no reunieran una de estas dos condiciones: ser síntesis valiosas de investigaciones de amplio espectro o tratarse de investigaciones suficientemente sustantivas por sí solas. En todo caso, la cifra que acabo de anotar, si se tiene en cuenta además que no es exhaustiva, da idea del alcance de lo que se ha llevado a cabo en los últimos veinte años.